Ponciano Salazar Ortegón, incansable arqueólogo

Verónica Ortega Cabrera*

La creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia en 1939 generó la integración de diversas áreas del saber antropológico, pues en su seno se incorporaron el Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía; la Dirección de Monumentos Prehispánicos, y la Dirección de Monumentos Coloniales, bajo un eje discursivo en el que la cultura fortalecería al Estado mexicano con los principios de nacionalismo, soberanía e identidad nacional.[1]

Bolfy Cottom[2] distingue cinco etapas en el desarrollo de esta institución: la etapa formativa (1939-1958), la etapa de crecimiento (1959-1968), la etapa de crisis e innovaciones (1969-1982), la etapa de reorganización (1982-1988) y la etapa de sobrevivencia y reubicación en un nuevo contexto político, económico y administrativo (1989-2013); en la primera de ellas se sentaron las bases de un trabajo sistemático, orientado al registro y recopilación de datos, con los que se pudiera establecer un orden al vasto patrimonio antropológico de México, lo que además requería de la construcción de una estructura institucional que permitiera aplicar los elementos jurídicos, metodológicos y técnicos, para proteger los bienes y elementos culturales que conformaban dicho patrimonio.

* Profesora de tiempo completo de la Universidad Autónoma de México.

[1] Sergio Yáñez Reyes, "El Instituto Nacional de Antropología e Historia: antecedentes, trayectoria y cambios a partir de la creación del Conaculta", *Cuicuilco,* vol. 13, núm. 38, 2006, p. 52.

[2] Bolfy Cottom, "Origen histórico y función social del INAH", *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, año 1, núm. 1, enero-junio de 2017, pp. 25-27.

Destacó la arqueología como una disciplina en la que se experimentaron técnicas de trabajo en el ámbito de la clasificación, exploración e intervención de sitios prehispánicos, con el objetivo de esclarecer una secuencia cronológica y cultural para el territorio mesoamericano y sus distintas regiones,[3] derivado de las amplias discusiones desarrolladas años antes, tanto en la Sociedad Mexicana de Antropología (fundada en 1937) como en las instituciones que precedieron al INAH: la Dirección de Antropología, el Museo Nacional y la Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americana.[4]

Con la creación de la Escuela Nacional de Antropología en 1943, las nuevas generaciones de arqueólogos serían formadas por personajes de la talla de Alfonso Caso, Ignacio Marquina, Eduardo Noguera, Pedro Armillas, Pedro Bosch Gimpera, Pablo Martínez del Río, Enrique Juan Palacios, Agustín Villagra, entre otros,[5] quienes acumulaban experiencia directa de exploraciones, intervenciones y análisis de sitios arqueológicos, integrando a los estudiantes en los proyectos que se desarrollaban entonces y ligándolos a las instituciones en las que posteriormente serían académicos y funcionarios, como Román Piña Chán, Javier Romero, José Luis Lorenzo, Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirchoff, Beatriz Barba y Julio César Olivé, entre los más destacados.[6]

A estas primeras generaciones de la Escuela Nacional de Antropología perteneció el joven Ponciano Salazar Ortegón, originario de Hecelchakán, una pequeña localidad ubicada al sur del estado mexicano de Campeche, en la que nació el 13 de agosto de 1917, viviendo ahí sus primeros años de infancia, para después mudarse con su familia a Mérida, ciudad donde cursó sus estudios de preparatoria.

Fue el mayor de cuatro hermanos; de padre comerciante y propietario de un rancho y una madre dedicada a las labores de casa, el joven Ponciano tuvo una formación familiar en la que se hablaba maya, por lo que ésta fue su lengua madre. No se sabe con certeza qué acontecimientos lo llevaron al ejercicio de la arqueología durante

[3] Ignacio Bernal, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1992, p. 186.

[4] Guillermo de la Peña, *La antropología social y cultural en México*, CIESAS Occidente, México, 2008, p. 6.

[5] Javier Téllez Ortega, "La época de oro (1940-1964)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 15 vols., México, INAH (Biblioteca del INAH), 1988, vol. 2, p. 298.

[6] Bolfy Cottom, *op. cit*., p. 25.

toda su vida profesional, pero es posible que el contexto regional en el que vivió en su infancia y adolescencia lo haya acercado a la presencia de ruinas prehispánicas y del conocimiento de la cultura maya como parte de sus orígenes; el caso es que al terminar sus estudios de preparatoria viajó a la Ciudad de México, con el objetivo de iniciar su formación profesional. De acuerdo con la información vertida por su hija Eugenia Salazar Monterrubio, debió sostenerse por sí mismo en la localidad, ocupándose en diversos oficios que le permitían obtener los recursos para su manutención.

Acorde a lo publicado por Ignacio Marquina,[7] Ponciano Salazar Ortegón estudió arqueología entre 1941 y 1946, pero desde los primeros años como alumno participó en las exploraciones dirigidas por

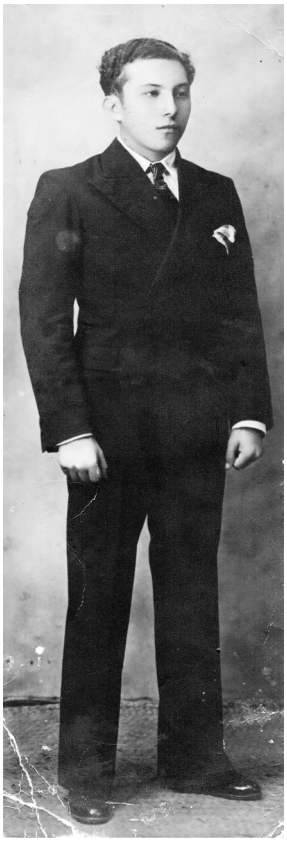


Figura 1. Ponciano Salazar Ortegón durante juventud, viviendo en la Ciudad de Mérida (*ca.* 1932). Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

[7] Ignacio Marquina, *Memorias*, México, INAH (Biblioteca del INAH), 1994, p. 138.

Alfonso Caso en Monté Albán, en Xochicalco con Eduardo Noguera y en Tula con Jorge Acosta, temporadas en las que adquirió experiencia en las exploraciones y aprendió, en el entorno real, cuáles eran las prácticas de la arqueología, en los sitios que en ese momento se intervenían con financiamiento gubernamental.



Figura 2. Ponciano Salazar Ortegón en un alto del camino rumbo al sitio de Montenegro, en la Mixteca oaxaqueña, 1946.
Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

Los años de formación

Corría el año de 1931 cuando inició uno de los proyectos arqueológicos mexicanos de gran envergadura, que dieron soporte a la necesidad de contar con una institución dedicada a la investigación del pasado prehispánico de manera estructurada; éste fue el proyecto de exploraciones de Monte Albán, encabezado por Alfonso Caso y un nutrido equipo de especialistas, que incluía arqueólogos, arquitectos, antropólogos físicos, dibujantes, topógrafos, fotógrafos y varios estudiantes. Algunos de los integrantes de este equipo figurarían entre los personajes más destacados de la arqueología oficial,[8] como Jorge R. Acosta, Ignacio Bernal, Juan Valenzuela, Hugo Mohedano, Ponciano Salazar, Eulalia Guzmán, Armando Nicolau, Carlos Margáin, Martín Bazán y Daniel Rubín de la Borbolla.[9]

La predominancia de una arqueología de corte monumental, así como la necesidad de ubicar cronológicamente a la cultura zapoteca, definieron las líneas de trabajo de 18 temporadas continuas de exploraciones, que dieron forma e imagen a lo que hoy conocemos como la Zona Arqueológica de Monte Albán, a través de amplios trabajos de consolidación y reconstrucción, en los que prevalecieron criterios arquitectónicos que permitirían contar con aspectos simétricos logrados a partir de la analogía.[10]

Para lograr un discurso comprensible para el público en general, la reconstrucción gráfica siempre ha sido un elemento de gran ayuda, pues contiene elementos visuales que permiten integrar una visión posible de la apariencia que tuvieron los sitios prehispánicos. En este contexto, Ponciano Salazar Ortegón dio muestras de su gran habilidad en el dibujo y la recreación estética de los monumentos arqueológicos, como se puede observar en diversas láminas que ostentan su firma y forman parte de publicaciones académicas, por ejemplo, la hoja que dibujó sobre la

[8] Se denomina arqueología oficial a aquélla emanada de la institucionalidad gubernamental, encabezada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con una mística nacionalista y relacionada con el desarrollo del turismo; su contraparte sería la arqueología académica, con mayor orientación a generar nuevos conocimientos e impulsada principalmente por las universidades (V.M. Ovalle Hernández, "Apuntes sobre el surgimiento de la arqueología en México", *Arqueología*, núm. 33, México, INAH, 2004, pp. 72-89).

[9] Nelly M. Robles García, Juan Bautista y Alberto Juárez, "Historia de las intervenciones de restauración", Nelly M. Robles García (coord.), *Los monumentos arqueológicos de Monte Albán ante los desastres naturales. El sismo de 1999*, México, INAH (Científica), 2007, p. 48.

[10] *Ibidem*, p. 49.

Gran Plaza de Monte Albán, publicada en 1957[11] o el dibujo de la cancha del juego de pelota de Uxmal, elaborado en 1940,[12] ambos bajo un estilo muy similar al de Ignacio Marquina, de quien posiblemente retomó las técnicas para el análisis y el desarrollo de las perspectivas.

Daniel Schávelzon[13] sintetiza el espíritu reconstructivo de este momento de la arqueología mexicana, ligándolo a la necesidad de presentar los sitios como espacios monumentales que apuntalarían una creciente

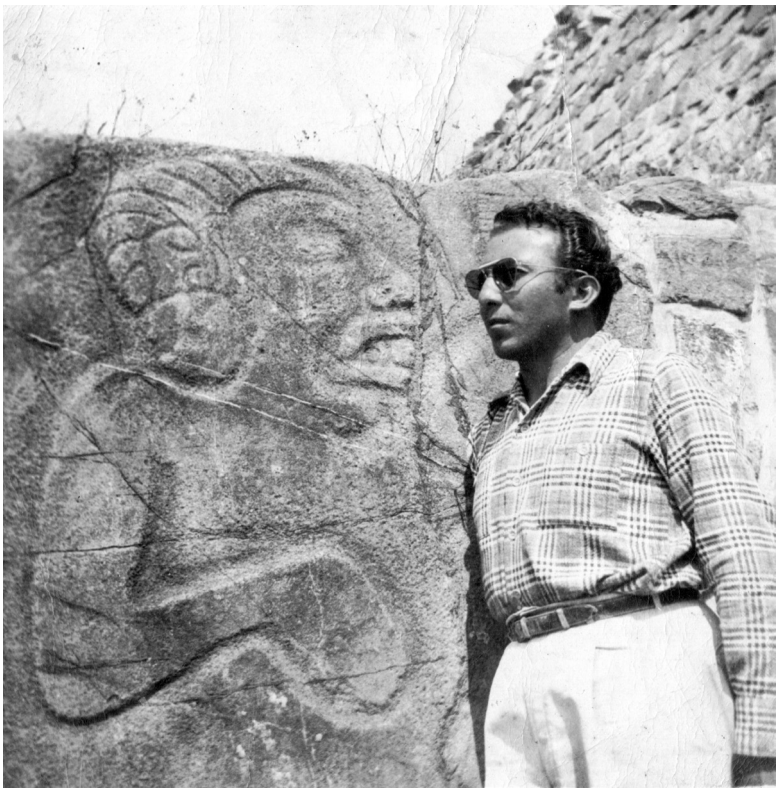


Figura 3. Ponciano Salazar Ortegón en Monte Albán, año de 1947. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

[11] Consúltese dicha imagen en el siguiente link: <https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/fotografia%3A279834>.

[12] Consúltese dicha imagen en el siguiente link: <https://mediateca.inah.gob.mx/islandora_74/islandora/object/fotografia%3A283134>.

[13] Daniel Schávelzon, *La conservación del patrimonio cultural en América Latina. Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980*, Universidad de Buenos Aires / Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo", 1987, pp. 130-135.

actividad turística, argumento bajo el cual se priorizó la aplicación de técnicas de restauración que dejaban "testigos" que permitían diferenciar entre lo original y lo reconstruido, tales como el "entallado", el "rejoneado" y la elaboración de "núcleos", con los que se recuperaban volúmenes arquitectónicos sin comprometer acabados específicos de los que se carecía de datos.

Estas estrategias de trabajo eran transmitidas a la generación de Ponciano Salazar Ortegón de manera directa, bajo un riguroso registro de los elementos y un trabajo de análisis arquitectónico que requería de la comprensión de los sistemas constructivos y la experimentación con materiales como el cemento y otros añadidos, para recuperar la estética de los edificios, ya que sólo de esta manera se podrían argumentar las decisiones en torno a la consolidación y reconstrucción de edificios, habitaciones, juegos de pelota y demás elementos que entonces se sabía conformaban el patrón urbano de una buena parte de los asentamientos prehispánicos.

En 1940, con el objetivo de establecer la correlación entre las crónicas históricas y los vestigios arqueológicos existentes en las cercanías del poblado de Tula, Hidalgo, el arqueólogo Jorge Acosta inició las exploraciones en el sitio, bajo los auspicios del INAH, institución recientemente creada para esos fines, y como uno de los proyectos impulsados por la Sociedad Mexicana de Antropología, especialmente con el interés de intelectuales como Wigberto Jiménez Moreno, Paul Kirchhoff, Ignacio Marquina, Miguel Othón de Mendizábal, Roberto Weitlaner y Alfonso Caso.[14]

Dos décadas fueron dedicadas de manera intensiva al reconocimiento, exploración y reconstrucción del asentamiento tolteca, en las que Jorge Acosta, Hugo Mohedano Koher y un equipo técnico trabajaron arduamente para establecer sus características y su ubicación en el tiempo. Ya en 1946, Acosta menciona en su informe de la sexta temporada la participación del arqueólogo Ponciano Salazar Ortegón y del estudiante José Luis Lorenzo en los trabajos de campo,[15] particularmente en la exploración del Palacio Quemado y los edificios B, C y 4, en algunos de los cuales se experimentaron técnicas de consolidación y restitutivas en las que se utilizó cemento,

[14] Oswaldo J. Sterpone, "El Palacio Quemado de Tula: una evaluación estratigráfica", *Dimensión Antropológica*, año 7, vol. 18, 2000, p. 7.

[15] Jorge Acosta, "Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. 6, núm. 8, 1957, p. 38.

que fue facilitado a través de acuerdos con el gobierno del estado de Hidalgo y la Cementera "La Tolteca".

Cabe señalar que el propio Jorge Acosta menciona en su informe de la séptima temporada del Proyecto Tula (1947-1948), que en el caso de las restauraciones del Edificio B, en la superposición II-B, a falta de losas para los tableros lisos se construyó un núcleo de piedra irregular, recubierto de una gruesa capa de cemento, sobre la que se reprodujeron los bajo relieves que decoraban el resto de la fachada, mismos que fueron cubiertos por una capa de barro que daba apariencia antigua; sin embargo al paso de los meses el cemento se cuarteó provocando la caída de varios fragmentos de la aplicación, lo que les llevó a determinar el retiro de esta sección para buscar una nueva solución.[16] Lo anterior es una buena muestra de la creación de procedimientos innovadores con los que se intentaba alcanzar los objetivos del momento: presentar los vestigios de forma estética, basados en los mínimos rasgos originales, a efecto de que su comprensión fuese inteligente e inteligible para el común de los visitantes.

Por su parte, en Xochicalco, Morelos, Eduardo Noguera dirigió exploraciones entre 1934 y 1960 a partir de 10 temporadas discontinuas. A diferencia de Monte Albán y Tula, en este caso las investigaciones estuvieron más encaminadas al conocimiento estratigráfico a través de la excavación de pozos y a la seriación cerámica para la ubicación cronológica del sitio.[17] De acuerdo con Olivo del Olmo y Rodríguez Rodríguez,[18] a lo largo de la década de los treinta e inicios de la de los cuarenta se consolidó un equipo de arqueólogos que conformó la llamada Escuela Mexicana de Arqueología,[19] integrado por Javier Romero, Daniel Rubín de la Borbolla, Jorge Acosta, Juan Valenzuela, Agustín Villagrán y Martín Bazán, entre otros, quienes enfocaron grandes esfuerzos principalmente a la excavación estratigráfica, la seriación cerámica y la reconstrucción de los monumentos. En este movimiento fue en el que se formó el arqueólogo campechano y a él entregó gran parte de su vida profesional.

[16] *Ibidem*, pp. 64-65.

[17] Daniel Schávelzon, *op. cit.*, p. 168; Claudio I. Alvarado León y Eduardo Corona-M., "La escultura singular de un pez en un sitio del Epiclásico mesoamericano (Xochicalco, Morelos, México)", *Archaeobios*, vol. 1, núm. 13, 2019, p. 26.

[18] Omar Olivo del Olmo y Lidia Iris Rodríguez Rodríguez, *La arqueología mexicana en la Revolución social. Arqueología indigenista durante el cardenismo*, Universidad de los Andes-Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez / Ediciones Dabànatá, 2021, p. 125.

[19] Jaime Litvak, *La Escuela Mexicana de Arqueología: un desarrollo científico mexicano*, México, Coordinación de Extensión Universitaria-UNAM (Deslinde, núm. 164), 1985, p. 8.

Para 1951, Ponciano Salazar Ortegón estaba de vuelta en la península de Yucatán, trabajando con el arqueólogo Jorge Acosta en la Zona Arqueológica de Chichén Itzá, en donde, con un presupuesto de 35 000 pesos y con la colaboración de la pasante de arqueología Amalia Cardós, realizaron una intensa labor de limpieza y mantenimiento en la zona, así como la reconstrucción de dos monumentos que se encontraban muy destruidos: el tzompantli y el Templo de las Águilas.[20]

En abril de 1953 presentó su tesis para obtener el grado de maestro en Ciencias Antropológicas y Arqueólogo, "Exploraciones y problemas de reconstrucción del Codz Pop y del Sistema I de la Zona Arqueológica de Kabah, Yucatán", misma que fue aprobada por unanimidad *Cum Laude*.

Kabah es un sitio maya cuyas exploraciones sistemáticas iniciaron en 1948 a cargo del arqueólogo Alberto Ruz Lhuillier y Amalia Cardós. Entre 1950 y 1951 los trabajos se concentraron en la consolidación y reconstrucción del edificio Codz Pop, interviniendo los arqueólogos Hugo Mohedano K. y Raúl Pavón Abreu, así como el pasante de arqueología Román Piña Chán.[21]

En 1952 las exploraciones quedaron a cargo de Ponciano Salazar Ortegón y Raúl Pavón, con el apoyo del dibujante Hipólito Sánchez Vera, quienes se dieron a la tarea de obtener los datos suficientes con los que se procedería a la reconstrucción de la fachada principal, para lo cual

> […] se tenían que levantar cuidadosamente por medio de planos y en capas, antes de ser movidos de su sitio, anotando en un catálogo la posición, orientación y relación que guardasen en el conjunto. Éste era el único medio, capaz de darnos una idea bastante clara de cómo era esta parte del edificio originalmente, antes de proceder a los trabajos de índole reconstructiva.[22]

[20] INAH, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, Dirección de Monumentos Prehispánicos, 1951, p. 122; Daniel Schávelzon, *op. cit.*, p. 126.

[21] Ponciano Salazar Ortegón, "Exploraciones y problemas de reconstrucción del Codz Pop y del Sistema I de la Zona Arqueológica de Kabah, Yucatán", tesis de Maestría en Arqueología, ENAH, México, 1953, p. 65.

[22] *Ibidem*, pp. 71-72.



Figura 4. Ponciano Salazar Ortegón a lomo de mula en la Zona Arqueológica de Sayil, Yucatán (*ca.* 1952). Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

Ya como personal bajo contrato del INAH, Ponciano Salazar Ortegón con Román Piña Chán participaron durante 1958 en la exploración de Balankanché, Yucatán, al lado de Raúl Pavón, Hipólito Sánchez, Wylly Andrews y George Stuart, bajo el patrocinio de la National Geographic Society y la Universidad de Tulane[23].

Su nombramiento como jefe las zonas del sureste entre 1958 y 1961 le permitió hacer trabajos de exploración y reconstrucción en sitios como Chichén Itzá, Uxmal, Kabah y Maxcanú,[24] entre los cuales se encuentra la restauración parcial de la crestería del Chichán-Chob en Chichén Itzá (1960) y el amarre de una de las esquinas que amenazaba derrumbar el edificio; en el anexo a "Las Monjas" repuso dinteles, muros y bóvedas del templo.

Es importante mencionar que en 1957 contrajo matrimonio con la Srita. Lourdes Monterrubio Méndez, originaria de San Martín de las en Pirámides, Estado de México, quien se desempeñaba como secretaria en las oficinas del instituto en la Calle de Moneda, Centro de la Ciudad de México. De esta unión nacieron sus hijos Ponciano y Eugenia Salazar Monterrubio.

[23] Beatriz Barba de Piña Chan, "Dr. Román Piña Chan", Anales de Antropología, vol. 35, núm. 1, 2001, p. 385.

[24] Ignacio Marquina, *op. cit.*, p. 139.

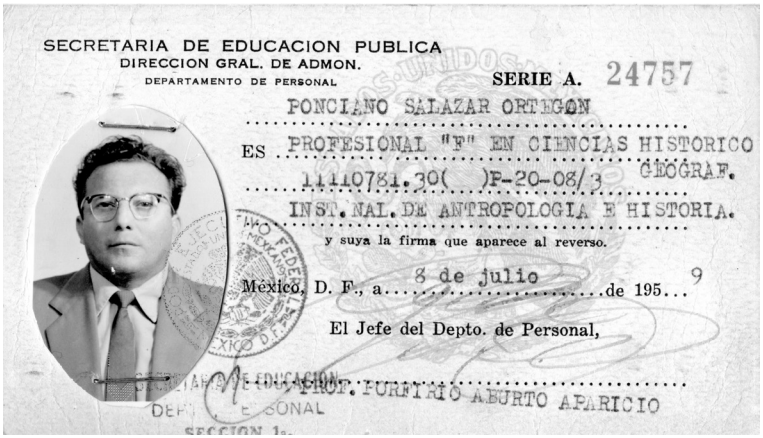

SECRETARIA DE EDUCACION PUBLICA
DIRECCION GRAL. DE ADMON.
DEPARTAMENTO DE PERSONAL
SERIE A. 24757
PONCIANO SALAZAR ORTEGON
ES PROFESIONAL "F" EN CIENCIAS HISTORICO GEOGRAF.
14140781.30( )F-20-08/3
INST. NAL. DE ANTROPOLOGIA E HISTORIA.
y suya la firma que aparece al reverso.
México, D. F., a 8 de julio de 195..9
El Jefe del Depto. de Personal,
PROF. FURTINO ABURTO APARICIO

Figura 5. Identificación de Ponciano Salazar Ortegón, que lo acreditaba como personal del Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1959.
Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.



Figura 6. Matrimonio religioso entre el Arqlgo. Ponciano Salazar Ortegón y la Srita. Lourdes Monterrubio Méndez en 1957, fungiendo como padrino de bodas el Dr. Eusebio Dávalos Hurtado, director del Instituto Nacional de Antropología e Historia (ubicado a la derecha de la novia)
Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

Los trabajos en la pirámide y Plaza de la Luna, Teotihuacán

Desde 1959 comenzó a gestarse uno de los proyectos más emblemáticos de la arqueología oficial mexicana y latinoamericana, surgido de los intelectos del Dr. Ignacio Bernal, a la sazón jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, y los arqueólogos Román Piña Chán y Jorge Acosta, adscritos a dicha competencia, con el que se proponían explorar y reconstruir una superficie considerable de la ciudad prehispánica, principalmente la zona central, en la que se encontraban los edificios más prominentes.

Jorge Acosta quedó al frente del trabajo de campo, mismo que dio inicio el 11 de enero de 1960 y durante dos temporadas (I y II) contó con el apoyo de la arqueóloga Florencia Müller, así como de Jorge Canseco y Roberto Gallegos, provenientes de la ENAH.[25] La segunda finalizó en enero de 1962 y tres meses después, el 19 de marzo de 1962, inició la III, contando ya con la presencia de Ponciano Salazar Ortegón, quien tuvo que desplazarse de Yucatán a Teotihuacán, con la alegría de su esposa Doña Lourdes, quien finalmente viviría en la región que la vio nacer. A decir de su hija Eugenia, la participación del campechano en este proyecto permitió que su familia se asentara definitivamente en Teotihuacán, donde continúan viviendo a la fecha.

La experiencia adquirida en las décadas anteriores le llevó a trabajar de manera directa en el recién descubierto Patio de las Columnas del Palacio de Quetzalpapálotl, donde se hizo cargo del registro y catalogación de los fragmentos de pilastras colapsados al interior del patio, para establecer su posición original y proceder a la reconstrucción del recinto.

El 24 de septiembre de 1962 inició la temporada IV, que se enfocó a la intervención de los edificios ubicados en el flanco poniente de la Plaza de la Luna y el Palacio de Quetzalpapálotl, en donde se aplicarían todas las técnicas reconstructivas, contando con el apoyo del arquitecto Alfredo Bishop, además de comenzar la exploración de la fachada principal de la Pirámide de la Luna, a cargo de las estudiantes Lourdes Suárez y María Teresa Garrara quienes liberarían el área de la escalinata y la parte inferior del

[25] José Humberto Medina González y Verónica Ortega Cabrera, "Exploraciones y reconstrucciones en Teotihuacan 1960-1962: intervenciones previas al 'Proyecto Teotihuacán'", *Figuras. Revista Académica de Investigación*, vol. 2, núm. 1, 2020, pp. 28-41.

edificio 7. Debido a las nuevas funciones que le fueron designadas a Jorge Acosta, el 29 de noviembre de 1963 se le comunicó a Ponciano Salazar Ortegón su nombramiento como subdirector de las exploraciones para supervisar los monumentos situados al este de la Plaza de la Luna y de la Calle de los Muertos, la Pirámide de la Luna, el altar central y el Edifico A.[26]



Figura 7. A la izquierda el arqueólogo Ponciano Salazar Ortegón, a la derecha el Dr. Ignacio Bernal, año de 1960, a los costados de un túnel de saqueo en la fachada del edificio 1, Plaza de la Luna, Teotihuacán. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

[26] José Humberto Medina González y Verónica Ortega Cabrera, "Reconstruyendo el 'Proyecto Teotihuacán' del INAH. 1962-1964 (temporadas IV y V)", *Figuras. Revista Académica de Investigación*, vol. 2, núm. 3, 2021, p. 60.



Figura 8. Ponciano Salazar Ortegón, durante los trabajos de registro y catalogación en el Patio de los Pilares. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

Entre el 16 de enero de 1963 y el 14 de septiembre de 1964 tuvo lugar la temporada V de este magno proyecto, en la que dirigió las exploraciones de la Zona de Trabajo No. 1, contando con la colaboración de los arqueólogos Alfonso Cuevas Pérez, Lourdes Suárez, Gerardo Cepeda Cárdenas, Rodolfo Castro Hernández y Rubén Cabrera Castro, así como de más de 100 trabajadores auxiliares.

Una característica muy especial de Ponciano Salazar Ortegón fue lo sistemático de su registro, pues las libretas de campo dejan ver un gran rigor en el recorrido diario y continuo de cada una de las áreas que se intervenían, así como de la documentación fotográfica, estratigráfica y en dibujos que debía hacerse de los elementos liberados.

Por su parte, los informes técnicos muestran una secuencia en la que se describe la arquitectura, se presentan los dibujos y fotografías, posteriormente se integra el análisis de materiales (cerámica, lítica,



Figura 9. El arqueólogo Ponciano Salazar Ortegón y el chofer Vicente Cruz, en 1963, observando el Valle de Teotihuacán desde el Cerro Gordo. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

hueso, otros) y finalizan con una posible interpretación de los hallazgos. Las aportaciones técnicas y metodológicas de Ponciano Salazar Ortegón ya han sido señaladas en otro trabajo, por lo que no ahondaremos en el tema; sólo resta decir que en el Proyecto Teotihuacán fue una pieza clave para el trabajo de campo, particularmente en la comprensión de los sistemas constructivos y la propuesta estética para la reconstrucción. Sobresalen sus actividades de exploración y propuesta visual para los acabados de la Pirámide de la Luna, así como la metodología previa a las intervenciones, que incluía tomas fotográficas y grabación con película cinematográfica; desafortunadamente se desconoce el destino de las cintas.

Los proyectos post Teotihuacán

Una vez finalizados los trabajos en Teotihuacán, y durante los preparativos de las olimpiadas de México 1968, Ponciano Salazar Ortegón participó en las excavaciones de salvamento y reconstrucción de la Villa Olímpica, en la superficie que antiguamente ocupara el asentamiento preclásico de Cuicuilco. En 1967 la intervención estuvo bajo la dirección

de Roberto Gallegos y le acompañaron Florencia Müller, Alfonso Cuevas, Roberto Jiménez Ovando, estudiantes de la ENAH, y 180 trabajadores auxiliares.[27]

Pero ese mismo año fue llamado para participar en el Proyecto Cholula, que en principio era dirigido por Ignacio Marquina, con la colaboración de Jorge Acosta y Eduardo Contreras. En este proyecto se propuso explorar la parte sur y oeste de la gran pirámide, el patio de los altares y las estructuras adosadas a ambos extremos del patio y diversas superposiciones arquitectónicas.[28] Mientras exploraba el edificio 3-A-1 en marzo de 1969, Ponciano Salazar Ortegón descubrió de manera accidental el mural conocido como "Los bebedores", lo que dio pie a la ampliación de las excavaciones en esta área, mismas que concluyeron en 1971, liberando así una de las primeras etapas del Edificio 3, fechada hacia la fase Cholula II (200 d.C.).[29]

De regreso a tierras sureñas…

El 1972 marca el regreso de Ponciano Salazar Ortegón al sur de México, esta vez para trabajar en la Zona Arqueológica de Comalcalco en Tabasco, a partir de un proyecto gestionado por Carlos Pellicer Cámara. A decir de Eugenia Salazar, en esta ocasión él se va solo, pues su esposa e hijos se quedan en Teotihuacán, por lo que el arqueólogo decide vivir en el campamento que el INAH instala en el sitio prehispánico. Durante 10 años y 9 temporadas de campo trabajó cuatro templos en la Plaza Norte, además de tres de los palacios de la Gran Acrópolis, registrando una gran cantidad de ladrillos grabados.[30] También se encargó de levantar un nuevo plano del sitio y su delimitación, pues el objetivo del gobierno de Tabasco era abrir el sitio y un museo a la visita pública.

El legado del arqueólogo en este sitio, el último que exploró en su muy productiva vida, consistió en gestionar los recursos necesarios

[27] Melissa Ortega Torres, "La construcción de la Villa Olímpica versus Cuicuilco B (1967-1968)", *Ark Magazine*, año 6, núm. 21, 2018, p. 48.

[28] Sergio Suárez Cruz y Silvia Martínez Arriaga, "Breve historia de la arqueología de Cholula, Puebla", *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, núm. 78, 2005, p. 88.

[29] Dionisio Rodríguez Cabrera, "El Mural de los Bebedores de Cholula, Puebla", *Arqueología Mexicana*, vol. 10, núm. 59, 2016, pp. 32-37.

[30] Ricardo Armijo Torres, "La investigación integral del INAH en Comalcalco de 1993 a 2018", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2018.

para consolidar el proyecto de apertura, estableciendo una buena relación con la comunidad y las autoridades locales, en su papel de delegado del INAH en el sureste, lo que le valió el reconocimiento social en esta región. Ya no le fue posible ver el resultado de sus gestiones, pues el 6 de abril de 1982 partió al Xibalbá en la ciudad de Villahermosa, Tabasco. Su lugar en la historia de la arqueología mexicana es definitivo, siempre en la capacidad técnica, resolutiva e integradora del trabajo de campo, que marcó su pasión, lo que en diversas ocasiones garantizó el éxito de los proyectos monumentales de su tiempo.

Agradecimientos

Indudablemente, por la generosidad de Eugenia Salazar Monterrubio, al donar el archivo personal de su padre al Centro de Estudios Teotihuacanos de la Zona Arqueológica de Teotihuacán, lo cual permite profundizar en la personalidad de don Ponciano Salazar y comprender el momento histórico que protagonizó. Agradezco también a la Dra. Haydeé López Hernández la posibilidad de dar a conocer esta información.



Figura 10. Ponciano Salazar frente a Carlos Pellicer, en la Zona Arqueológica de Comalcalco, 1976. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.



Figura 11. Visita de supervisión del presidente José López Portillo a los trabajos realizados en el sitio arqueológico de Comalcalco, con la guía del arqueólogo Ponciano Salazar Ortegón. Fuente: Archivo personal de Eugenia Salazar Monterrubio.

Bibliografía

Acosta, Jorge R., "Exploraciones arqueológicas efectuadas en Chichén Itzá, Yuc.", *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, vol. 34, núm. 6 (6.1), 1951, pp. 27-40. Recuperado de: <https://revistatest.inah.gob.mx/index.php/anales/article/view/7110>.

_____, "Resumen de los informes de las exploraciones arqueológicas en Tula, Hgo., durante las VI, VII y VIII temporadas, 1946-1950",

Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia, vol. 6, núm. 8, 1957, pp. 37-115.

Alvarado León, Claudio I. y Eduardo Corona-M., "La escultura singular de un pez en un sitio del Epiclásico mesoamericano (Xochicalco, Morelos, México)", *Archaeobios*, vol. 1, núm. 13, 2019, pp. 23-40.

Armijo Torres, Ricardo, "La investigación integral del INAH en Comalcalco de 1993 a 2018", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, 2018. Recuperado de: <http://journals.openedition.org/nuevomundo/74569>.

Barba de Piña Chan, Beatriz, "Dr. Román Piña Chán", *Anales de Antropología*, vol. 35, núm. 1, 2001, p. 385, pp. 383-394.

Bernal, Ignacio, *Historia de la arqueología en México*, México, Porrúa, 1992.

Cottom, Bolfy, "Origen histórico y función social del INAH", *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, año 1, núm. 1, enero-junio de 2017, pp. 23-36.

INAH, *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana*, Dirección de Monumentos Prehispánicos, 1951, p. 122. Recuperado de: <https://www.proquest.com/docview/1311045871?pqorigsite=gscholar&fromopenview=true>

Litvak King, Jaime, *La Escuela Mexicana de Arqueología: un desarrollo científico mexicano*, México, Coordinación de Extensión Universitaria-UNAM (Deslinde, núm. 164), 1985, 23 pp.

Marquina, Ignacio, *Memorias*, México, INAH (Biblioteca del INAH), 1994.

Medina González, José Humberto y Verónica Ortega Cabrera, "Exploraciones y reconstrucciones en Teotihuacan 1960-1962: intervenciones previas al 'Proyecto Teotihuacán'", *Figuras. Revista Académica de Investigación*, vol. 2, núm. 1, 2020, pp. 24-64.

_____, "Reconstruyendo el 'Proyecto Teotihuacán' del INAH, 1962-1964 (temporadas IV y V)", *Figuras. Revista Académica de Investigación*, vol. 2, núm. 3, 2021, p. 60, pp. 44-132.

Olivo del Olmo, Omar y Lidia Iris Rodríguez Rodríguez, *La arqueología mexicana en la Revolución social. Arqueología indigenista durante el cardenismo*, Universidad de los Andes-Museo Arqueológico Gonzalo Rincón Gutiérrez / Ediciones Dabànatá, 2021.

Ortega Cabrera, Verónica y José Humberto Medina González, "Ponciano Salazar Ortegón y el Proyecto Teotihuacán", *Revista Arqueología Mexicana*, núm. 170, 2021, pp. 72-77.

Ortega Torres, Melissa, "La construcción de la Villa Olímpica versus Cuicuilco B (1967-1968)", *Ark Magazine*, año 6, núm. 21, 2018, pp. 48-61.

Ovalle Hernández, V.M. "Apuntes sobre el surgimiento de la arqueología en México", *Arqueología*, núm. 33, México, INAH, 2004, pp. 72-89.

Peña, Guillermo de la, *La antropología social y cultural en México*, México, CIESAS Occidente, 2008. Recuperado de: <https://we.riseup.net/assets/378561/DelapenaMexico.pdf>.

"Restauraciones", *Boletín del INAH*, núm. 1, 1960, p. 9.

Robles García, Nelly M., Juan Bautista y Alberto Juárez, "Historia de las intervenciones de restauración", Nelly M. Robles García (coord.), *Los monumentos arqueológicos de Monte Albán ante los desastres naturales. El sismo de 1999*, México, INAH (Científica), 2007, p. 48, pp. 45-54.

Rodríguez Cabrera, Dionisio, "El Mural de los Bebedores de Cholula, Puebla", *Arqueología Mexicana*, vol. 10, núm. 59, 2016, pp. 32-37.

Romero Rivera, José Luis, "Un estudio del patrón de asentamiento de Comalcalco, Tabasco", en Ernesto Vargas Pacheco (comp.), *Seis ensayos sobre antiguos patrones de asentamiento en el área maya*, México, IIA-UNAM, 1995, pp. 15-26.

Salazar Ortegón, Ponciano, "Exploraciones y problemas de reconstrucción del Codz Pop y del Sistema I de la Zona Arqueológica de Kabah, Yucatán", tesis de Maestría en Arqueología, ENAH, México, 1953, 145 pp.

Schávelzon, Daniel, *La conservación del patrimonio cultural en América Latina. Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980*, Universidad de Buenos Aires / Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas "Mario J. Buschiazzo", 1987.

Sterpone, Oswaldo J., "El Palacio Quemado de Tula: una evaluación estratigráfica", *Dimensión Antropológica*, año 7, vol. 18, 2000, pp. 7-27.

Suárez Cruz, Sergio y Silvia Martínez Arriaga, "Breve historia de la arqueología de Cholula, Puebla", *Antropología. Revista Interdisciplinaria del INAH*, núm. 78, 2005, pp. 87-94.

Téllez Ortega, Javier, "La época de oro (1940-1964)", en Carlos García Mora (coord.), *La antropología en México. Panorama histórico*, 15 vols., México, INAH (Biblioteca del INAH), 1988, vol. 2, pp. 289-338.

Yáñez Reyes, Sergio "El Instituto Nacional de Antropología e Historia: antecedentes, trayectoria y cambios a partir de la creación del Conaculta", *Cuicuilco*, vol. 13, núm. 38, 2006, pp. 47-72.